

entrarse en la cama, cuando con mayores y mas desatinados golpes volvieron á llamar. Obligóle esto á tomar luego una escopeta cargada, de que estaba siempre prevenido para guarda y defensa de su dinero, y con ella salió otra vez á la ventana; y viendo en el mismo puesto al que sin movimiento se estuviera en él si no le llevaban, dijo: Demasiado atrevimiento es porfiar en lo que no tiene mas provecho que inquietarme; ya la descortesía pasa del límite, y merece que con otra mayor se le pague; quiteseme, quien quiera que sea, de delante de mi casa, si no quiere lo haga ir mal que le pese. Esto dijo, habiendo alzado el perrillo á la escopeta y apuntándole. Pues como viese el poco caso que de su amenaza hacia aquel inmoble personaje, de materia tan leve, pensó que sin temor de que tuviese escopeta con que hacerle ir de allí se burlaba con él; y así, requiriéndole por tercera vez que no le provocase á hacer una demasía, hallándole rebelde á tantas amonestaciones, se resolvió á disparar la escopeta, no para espantarle, como pudiera, sino para ofenderle; y así, apuntándole muy de propósito, no le erró, metiéndole dos balas en el cuerpo de paja, dando con él en tierra.

Esto aguardaba Garay con mucho cuidado y no menor atención; y viendo ejecutado lo que deseaba, al instante que cayó la figura del escopetazo, acudió con decir en lastimosa voz: ¡Ay, que me han muerto! Y luego tras de esto hicieron rumor Garay y sus camaradas, como que se admirasen del fracaso. Sumamente se alborotó con lo que hizo nuestro Marquina, porque los miserables siempre son de corto ánimo, y todo aquello que va en orden á menoscabo de su caudal lo sienten mucho. Cerró su ventana, y despertando á Rufina con no poco alboroto (y tuvo poco que hacer en esto, pues no dormía con el cuidado de ver bien entablada su pretension) la dió cuenta de esto que habia hecho; ella mostró pesarle mucho, reprendiéndole haber tomado aquella cruel resolucion, diciéndole que pues habia conocido ser como, y que en su casa estaba seguro, podia haber dejados llamar cuanto quisiesen á su puerta, que mas llevadero era pasar con inquietud que no ahora con sobresalto poniéndose en trabajo por una muerte. Con esto le dijo otras cosas, con que el pobre Marquina se halló confuso y lleno de temor, sin saber qué hacerse. Aconsejóle Rufina que si queria su quietud se fuese luego á San Bernardo á retraerse; porque era cierto, si aquel hombre se hallaba á la mañana muerto allí, el prenderle á él, por estar mas cercano á su quinta que á otra parte. Ya Marquina no quisiera haber nacido, y afligase de modo, diciendo tantos desatinos, que si á Rufina no le importara valerse de la disimulacion, se riera mucho de verle. Despertó á toda su familia, dióles cuenta del caso, y todos le afeaban el haberse precipitado á lo que hizo; con que el pobre viejo estaba para perder el juicio; considerábase en manos de la justicia, su dinero en poder de sus ministros, expuesto á su disposicion, y su vida á riesgo de perderla si confesaba su delito en algun riguroso tormento, no discurrendo en que la defensa es natural á cualquiera.

Lo que se resolvió en estas confusiones fué en ausentarse Marquina, yéndose á San Bernardo; mas no sabia en qué poder dejase el dinero. Fiarle de sus criados, no le estaba á cuento; llevarle en casa de algun amigo, que tenia pocos por su exquisita condicion, tampoco habia lugar para hacerlo. En esta perplejidad se hallaba, sobre que pidió consejo á Rufina. Ella, mostrándose afligida y no menos temerosa que él, no se resolvía en aconsejarle, si bien el final acuerdo ya le tenia en su mente maquinado, que es el que al fin se vino á ejecutar; y así, lo que dijo fué: si se hallaba con algun dinero. Marquina le confesó de plano tener en su casa cuatro mil doblones, sin otros dos mil ducados en plata doble. Pues lo que yo haria, dijo la fainada moza, puesto que por ser cosa pesada no se puede llevar á esta hora sin verse á casa de un amigo, que lo enterreis en esta quinta, en parte que sea despues hallado, poniendo alguna señal por donde sea conocido el lugar que lo atesora; y esto debe ser hecho por vuestra mano, sin que ninguno de vuestros criados lo vea, por el peligro que corre de que os le roben, supuesto que yo no puedo tampoco asistir aquí, que os fuera fiel guarda de todo; porque es cierto que si la justicia viene y me halla, he de ser la primera que prenda, y no deseo verme en tal peligro, despues de haber salido de los que os he dado cuenta. En medio de su afliccion, Marquina, oyendo esto á su huésped, se enterneció sumamente de verla con tal desasosiego por su causa, con que era cierto el perderla, y así se deshacia en llanto. Animóle Rufina porque llegase á efecto lo que deseaba tanto; y así, habiendo mandado á los criados que se recogiesen á sus aposentos, y que de ellos no saliesen, él y Rufina, de quien solo hizo confianza, por el mucho amor que la tenia, fueron adonde estaba el dinero. Teniale en un cofre barreado de hierro, con una llave tan extraordinaria, que fuera imposible falseársela ni sacar aquella moneda de allí si no era por aquel camino que Rufina habia tomado, saliéndole bien su traza. Sacaron la moneda, y depositándola en un pequeño cofrecillo la que era en oro, le llevaron á la huerta, donde con un azadon le hicieron una honda sepultura y le dejaron sepultado, dejando á un lado lugar para seis talegos, en que estaban los dos mil ducados en plata, que los fueron llevando con harto trabajo, por ser Marquina viejo, y ella mujer no usada á tales ejercicios de cargarse peso á sus hombros.

Pues como fuese depositado todo el dinero en aquella sepultura, dejaron encima de ella una señal bastante para ser conocido el lugar, y la tierra movediza la disimularon con cubrirla de yerbas que de la huerta arrancaron; con esto Marquina reservó para sí doscientos escudos en oro, que tenia en un escritorio, y cincuenta que dió á Rufina para que lo pasase en alguna parte hasta ver sosegado aquel alboroto. Con esto se subieron á lo alto de la quinta, y vieron desde allí andar gente en el campo con luz, que eran Garay y sus camaradas fingiéndose justicia; así estaba concertado entre Rufina y él, y ella le dió aviso de esto

## CAPITULO VI.

Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*.

Estaba pues el mísero Marquina afligido de ver que en cuatro dias no hubiese vuelto á verle Rufina, que él tenia por Teodora, y así se valió de un monje de aquel monasterio, persona inteligente en Sevilla, para que le supiese qué diligencias hacia la justicia contra él, y qué se decia de la muerte. El monje lo tomó muy por su cuenta, y habiendo corrido por las partes donde de esto se podia tener noticia, no hubo nadie que le pudiese dar razon de lo que deseaba saber, con que volvió á decirselo á Marquina, muy contento de que pudiese libremente salir, dejando aquel retiro; con todo, él no se fió de lo que el religioso le aseguraba; y así, una noche se fué á casa de un confidente amigo suyo, á quien dió cuenta de su desasosiego, y él tomó á su cargo saber lo que habia. Hizo la misma diligencia que el monje, y no halló rastro de nada. Acudió á la quinta, y con la llave maestra de la puerta de ella, que le dió Marquina, la abrió, y la halló sola de gente, y el macho de su amigo muerto; porque como nadie pudo cuidar de su sustento, acabó con la vida. De todo dió cuenta á Marquina, aconsejándole que podia salir y pasearse como de antes, con que él se holgó de haber perdido el macho, á trueque de verse vuelto á su quietud y sosiego, si bien no dejaba de sentir el no le haber buscado Rufina, que la habia cobrado grande afecion; mas atribuíalo á que como era mujer, estaria retirada por temor de la justicia. Volvió á su quinta, y á ella volvieron el hortelano y su mujer con los demás criados, que todos andaban á sombra de tejado, como dicen, hasta ver sosegado aquel alboroto que en tanto miedo les puso.

La noche misma que Marquina fué á dormir á su quinta no quiso hacerlo sin haber vuelto su dinero al cofre que le guardaba; y así, acompañado del hortelano, con una luz bajaron á la huerta, acudiendo á la parte donde habian dejado la moneda en el cofrecillo y en los talegos, y guiándose por la señal que él y Rufina habian dejado para acertar con ello, no la hallaron, con que Marquina se alborotó no poco. Buscáronla por todo aquel contorno, mas fué en balde, que Rufina la habia quitado de su lugar para que anduviese hecho loco en busca de su dinero; una y muchas veces paseó aquel sitio con tanto cuidado como sobresalto; mas por aquella noche no dió con la señal, norte por quien se habia de guiar; con que el mísero Marquina perdía el juicio, haciendo cosas de loco. El hortelano no sabia qué era lo que buscaba ni para qué fin le habia traído allí; y así, con lo que le veia hacer le tenia admirado. Resolvióse el afligido Marquina á no tratar de nada por aquella noche; y así, con esta pena se fué á acostar, mejor diré, á estar penando toda aquella noche, que así la pasó; mas apenas la luz del dia entró por los resquicios de sus ventanas, cuando se levantó, y llamando al hortelano, volvieron al lugar mismo en que la noche antes habia es-

á Marquina, aconsejándole no parase mas en la quinta, sino que se fuese á San Bernardo, llevándola á ella tambien. Para conseguir esto hubieron de salirse por las tapias de la quinta, por no poder abrir la puerta, que á ella llamaban ya los interlocutores en esta farsa, con el imperio de si verdaderamente fueran ministros de justicia. Toda la familia de Marquina le siguió por las tapias, que no quiso verse por su causa en poder de justicia, pagando su inocencia lo que él habia pecado con malicia; y así, dejaron desamparada la quinta al tiempo que ya queria amanecer. Marquina y su dama aguardaron entre unas huertas á que fuese bien de dia para que abriesen en San Bernardo, adonde se entraron luego que vieron abierta la puerta de la iglesia. Con atento cuidado habia estado Garay hasta que vio lograda la fuga de Marquina y su gente. Y así, luego que fueron dos horas de dia ya pasadas, acudió á este monasterio vestido de estudiante, por disimularse mejor; allí habló con Rufina sin que lo viese su amante, porque su miedo era tal, que se habia ya retirado á lo mas secreto del convento; y despedido de ella, quedando concertado entre los dos que le viniese allí á ver y á dar aviso de lo que pasase, dió cuenta Rufina á Garay cómo dejaban enterrado el dinero; pero mintióle en la cantidad, no confesándole haber mas que lo que se le referido haber en plata; y esto lo hizo con el fin de ocultar de él la mayor partida, que estaba en oro, por lo que despues sucediese, por si podia ella aprovecharse de él, porque no tuviese parte en todo.

La siguiente noche, á mas de las doce, vino Garay y otro amigo acompañando á Rufina, que venia en hábito de hombre por disimularse mejor, y con su ayuda saltó las tapias de la quinta, y quedando ellos atendiéndola fuera de ella, hasta ser avisados que habia seguridad. Lo primero que hizo la astuta moza fué irse adonde habia dejado escondido el azadon, y con él desenterrar el cofrecillo de oro y volver á cubrir la plata con tierra y luego depositar en otro escondido lugar su cofre para que no se hiciesen los cómplices partícipes de toda la cantidad. Luego llamó á Garay y su compañero, y los dos desenterrando la plata, cargaron con ella, y fuéronse todos tres á una posada que tenían fuera de Sevilla, y apenas los dejó durmiendo Rufina, cuando en el mismo traje volvió con un ánimo mas que de mujer, por su reservado tesoro; y aunque hubo harta dificultad en poderle sacar por el peso, al fin salió de ella bien, volviéndose á su posada sin haber sido echada menos de sus compañeros. El siguiente dia y otros dos, habiendo contentado á los interesados con poca moneda, y habiéndose estofado Rufina dos almillas de aquellos doblones de Marquina, dejaron á Sevilla ella y Garay, que no quiso desampararla conociendo de su sugeto cuántas medras se le habian de seguir en su compañía. Tomaron los dos el camino de Madrid, donde los dejarémos por volver á nuestro retraido Marquina.

tado; buscó la señal, y fué cansarse; con que se resolvió en hacer cavar todo aquel lugar; hizolo el hortelano, y lo que de esto resultó fué hallar los dos hoyos que fueron sepulcro de la moneda y cofrecillo; con que el miserable Marquina acabó de rematar con su juicio, arrojándose en el suelo y dándose de bofetadas en el rostro, diciendo y haciendo cosas que causaba lástima á los que presentes se hallaron, que eran sus criados, los cuales vinieron á entender haber perdido su dinero, ó lo mas cierto, habersele robado por orden de Rufina; confirmóse esto, con que la hizo buscar por toda Sevilla; mas ya la tal moza se habia puesto en cobro, mudando tierra y llevándose el dinero del miserable viejo, que con tanto afán le habia adquirido. El estuvo del pesar algunos dias enfermo, y en Sevilla fué celebrado el hurto, holgándose muchos de que fuese así castigado quien tan pocas amistades sabia hacer con lo que le sobraba.

Luego que Rufina dió el salto en la moneda al miserable Marquina, le pareció no aguardar á que con diligencias fuese buscada de la justicia, como lo hizo el agraviado; y así, la noche siguiente, en dos mulas que buscaron ella y Garay, se fueron á Carmona, ciudad que dista media jornada de Sevilla, quedando concertado que un coche que iba á Madrid al pasar por aquella ciudad los llevase, para lo cual dejaron pagados los dos principales lugares de él. En Carmona se apearon en un buen meson, donde encubierta Rufina determinó aguardar el coche, disponiendo en tanto lo que habia de hacer de su persona, señora ya de ocho mil escudos, en doblones de á cuatro y de á dos, caudal de aquel miserable, que con afán, vigiliás y ayunos los habia granjeado, pasando mares y conociendo nuevos y remotos climas; que esto tiene granjeado el que es esclavo de su dinero, de quien la avaricia se apodera, que hubo muy pocos en Sevilla que no se holgasen de su hurto, por verle tan codicioso y tan poco amigo de hacer bien á nadie, que aun con ser interés suyo y en bien de su alma, pocas veces le vieron hacer alguna limosna. Escarmienten en este los avaros, considerando que si Dios les da bienes es para que con ellos aprovechen al prójimo, y no sea su ídolo su dinero. Volvamos á nuestra Rufina, que estaba en Carmona esperando el coche en que habia concertado irse á Madrid, por parecerle que aquella corte era un *mare magnum*, donde todos campan y viven, y que ella pasaria mejor que otra con su moneda, si bien adquirida con su mala guerra, que son bienes que pocas veces lucen granjeados por mal modo.

Llegó pues el esperado coche á Carmona, ocupado de seis personas, porque ocho es la tasa de los coches de camino, si ya no excede de ella la codicia de los cocheros, embaulando en ellos otras dos. Venian en el coche un hidalgo anciano con su mujer, un clérigo y dos estudiantes con un criado del clérigo, que era mozo de quince años. Ya sabian los caminantes que en Carmona estaban Rufina y su pedagogo Garay para ocupar los dos asientos principales del coche; y así, se

los desembarazaron esotro día á la partida de allí; mas Garay, que era hombre comedido, no quiso que le tuviesen por grosero; y así, cedió su lugar á la mujer de aquel hidalgo, que ocupó el lado izquierdo de Rufina, y él se acomodó con su esposo á la proa del coche. Pues asentado esto para todo el camino, partieron de Carmona un lunes por la mañana. Era esto en el mes de setiembre, al principio de él, cuando las frutas están en la mejor sazón. Iban todos los caminantes muy contentos con llevar tan buena compañía, y Rufina y Garay mucho mas con la gentil moza que habian pillado al buen Marquina; el hidalgo era hombre entretenido, el clérigo de excelente humor, los estudiantes no menos agradables; y así, no se sentia el camino, hablando en varias cosas, deseando cada uno mostrar sus gracias, en particular el clérigo, que dijo ir á la corte á imprimir dos libros que habia compuesto, donde habia de sacar licencia para darlos á la estampa. Era el hidalgo, que se llamaba Ordoñez, curioso, y quiso saber de qué materia trataban; respondió el licenciado Monsalve, que este nombre tenia el clérigo, que eran de entretenimiento, por ser cosa que mas se gustaba en estos tiempos, y que el uno se intitulaba *Camino divertido*, y el otro *Flores de Helicon*. El primero constaba de doce novelas morales, mezcladas de varios versos á propósito, y el de Helicon, de rimas que él habia escrito estando estudiando leyes en Salamanca, y añadió á esto que si no fuera molesto, les entretuviera con el primero los ratos que hiciera pausa la conversacion.

Rufina, que era amiga de tales libros, y cuantos de este género salian los habia de leer, dióle deseo de ver el estilo con que escribia el licenciado Monsalve; y así, le rogó mucho que si no le era de enfado sacar el libro, estimaria oír de él una novela; porque se prometia que de su buen ingenio seria muy bien pensada y mejor escrita. Señora mia, dijo Monsalve, todo cuanto yo he podido ajustarme á lo que se escribe en estos tiempos lo he hecho; mi prosa no es afectada de modo que cause enfado á los que la leyeren, ni tampoco tan baja de voces que haga el mismo efecto; procuro cuanto puedo no cansar con lo prolijo, ni desagradar con lo vulgar; esta prosa que hablo es la que escribo, porque veo que mas se admite lo natural que lo afectado y cuidadoso; y es atrevimiento grande escribir en estos tiempos, cuando veo que tan lucidos ingenios sacan á luz partos tan admirables cuanto ingeniosos, y no solo hombres que profesan saber y humanidad, sino tambien damas ilustres, pues en estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia; habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas, que son diez asombros para los que escriben este género; pues la meditada prosa, el artificio de ellas y los versos que interpola es todo tan admirable, que acobarda las mas valientes plumas de nuestra España. Acompánala en Madrid doña Ana Caro de Ma-

llen, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores alabanzas, pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita á quien los oye y lee: esto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta que estas Carnestolendas se hizo en el Buen Retiro, palacio nuevo de su majestad y décima maravilla del orbe, pues trata de ella con tanta gala y decoro como mereció tan gran fiesta, prevenida muchos dias antes para divertimento de las majestades católicas. Esto decia el licenciado Monsalve, buscando al mismo tiempo en su maleta el libro de las novelas, y habiéndole hallado, con atencion y gusto de todos los del coche los entretuvo con esta novela, que leyó en alta y clara voz para divertir el camino.

## NOVELA PRIMERA.

*Quien todo lo quiere, todo lo pierde.*

Valencia, ciudad insigne de las que tiene nuestra España, madre de nobilísimas familias, centro de claros ingenios y sagrario de cuerpos de gloriosos santos, fué patria de don Alejandro, caballero noble, mozo y de grandes partes, que saliendo de doce años en compañía de un hermano de su padre, que iba por capitán á Flándes, aprobó en aquellos países tan bien, que mereció sustituir la jineta de su tío, por muerte suya, asistiendo en servicio del católico Felipe III contra aquellas rebeldes provincias doce años continuamente, mereciendo por sus servicios un hábito de Santiago con grandes ayudas de costa. En Ambéres asistia en el tiempo que por lo rigoroso de los frios hace pausa la milicia, cuando le vino nueva cómo su padre habia pagado de la postrer deuda, por cuya muerte heredaba don Alejandro su mayorazgo, que siendo su primogénito y pudiendo estar en vida regalada y viciosa, como otros muchos caballeros, quiso, huyendo del ocio blando, antes asistir mas en los peligros de la guerra, sirviendo á su rey, que no entre las delicias de la patria, dando motivo á que murmurasen de él: consideracion que debieran tener muchos que no aspiran á mas que gozar de sus comodidades en vida libre, si lo son aquellas que desdoran su noble sangre. Viendo pues don Alejandro que por muerte de su padre le importaba ir á dar una vista á su patria Valencia á poner su hacienda en razon, pidió licencia al serenísimo archiduque Alberto, que visto el pedírsela con legitima causa, se la dió honrándole mucho por haberle prometido volver muy presto á servir debajo de su mano, cuando otros pensaban que se iba á retirar.

Llegó á Valencia, donde fué alegremente recibido de sus deudos y amigos. Comenzó á poner en razon las cosas de su hacienda, sin atender á los entretenimientos en que se ocupa la juventud; porque aunque era soldado, fué dado muy poco al juego, virtud que la ejercen pocos hombres mozos, y que se debe estimar en estos tiempos; porque el distraimiento del juego es tal, que de él nacen mil daños, como se experimentan en lastimosos sucesos que de él han procedido; teatro ha sido

Valencia de algunos. Tampoco don Alejandro trataba de amores, no obstante que tenia tan buena ocasion de emplearse con tan hermosas damas como ilustran aquella célebre ciudad. En lo mas que se ejercitaba este caballero era en hacer mal á caballos, teniendo cuatro, que compró en Andalucía, hermosísimos y de grandes obras; en estos salia en las fiestas de toros que aquella ciudad celebraba á romper algunos rejones, con que se llevaba la fama del mayor toreador de España.

Suelen en Valencia cuando comienza la primavera salir las mas familias de aquella ciudad á hacer la seda fuera de ella, en amenas alquerías que hay cerca, y esta ocupacion dura desde principio de abril hasta mediado de mayo. Pues como un dia saliese don Alejandro al campo á caballo, paseando por la amena y deleitosa huerta de Valencia, á la parte que llaman del monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza, habiendo gastado toda la tarde en pasear por aquellos amenos jardines gozando del suavísimo olor del azahar que producen tantos naranjos como aquel fértil terreno tiene, al tiempo que el sol dejaba el valenciano horizonte, pasó por una alquería que alindaba con los claros cristales del Turia, y oyó dentro tocar una arpa con superior destreza. Detuvo el paso á su caballo, pareciéndole que querian cantar, y estuvo largo rato esperando á esto; mas quien la tocaba, ocupada en hacer diferencias en el sonoro instrumento, no ejecutó lo que muchas veces habia emprendido, que era dar la voz al viento. En esto cerró la noche, y don Alejandro pagado del ameno sitio, dió su caballo al lacayo, y haciéndole apartar de allí, él atendió solo debajo de un verde balcon á ver quien tocaba el arpa; mas á poco rato vió hacer pausa á sus varias diferencias y que, mudando de lugar, ocupaba en una silla el lado izquierdo del balcon, á quien servia de espejo el cristalino rio; aquí vió á una dama que con la misma arpa, en mas fresco sitio, gozando del viento manso que entonces corria, volvía á su gustoso ejercicio. Y despues de haber un rato hecho otras nuevas diferencias, cantó estos versos con dulce y sonora voz:

Parabienes dan las flores  
A los cristales del Turia,  
De que la rosada aurora  
Entre zagales madurga.  
Las avecillas alegres,  
Hechas cítaras de pluma,  
En sonoras capillas  
Con motetes la saludan.  
Las fuentejillas risueñas,  
Que entre amenidades cruzan  
Haciendo sierpes de plata,  
Mas aplauden que murmuran.  
Cuando Beisa penando,  
Por dar pausa á sus angustias,  
En su templado instrumento  
Esto canta á quien la escucha:  
Vientecillos suaves,  
Que correis ligeros,  
Decidle mis ansias  
A mi ausente dueño.  
Que despues que en su ausencia sin él me veo,  
Con firmeza esperando, vivo muriendo.

La suavidad de la voz y la destreza con que la acompañaba con el arpa suspendieron á don Alejandro, de modo que no quisiera que cesara, ni él apartarse de

aquele lugar. Dejó la dama su instrumento, y poniéndose de pechos en el balcón, pudo, aunque era de noche, ver al atento caballero, que viendo tan cerca la ocasión, no la quiso dejar pasar; y así, llegándose cuanto cerca pudo, la dijo: Dichosísimo el ausente que merece que tan regalada voz celebre su ausencia; mucho quisiera saber quién es para darle por alegres nuevas la dicha que tiene. Algun sobresalto mostró la dama, cogiéndola descuidada aquellas razones; mas cobrándose, aunque no conoció por entonces á quien se las decía, le respondió: No cae sobre suceso de ausencia ni algun cuidado el haber cantado esta letra, y así os excusaré la diligencia de dar á ningun ausente nuevas de que es favorecido. ¿Qué certeza puedo yo tener de esto, dijo don Alejandro, cuando en lo penoso del dejo conozco pasión en vuestro pecho? Qué os puede importar tenerla? dijo ella. Ya mucho, dijo él, que no es tan flojo hechizo el de vuestra voz que no haya hecho sus efectos en este oyente, y así solicita el cuidado seguridades para vivir en su empleo gustoso. Causóle risa á la dama oír esto á don Alejandro, y díjole: ¿Qué bien hacen las mujeres que son lisonjeadas en no creer á los hombres, pues nunca les tratan verdad! ¿En qué juzgais que no son verdaderos? dijo él. En que si como vos encarecen sus finezas, replicó ella, habiendo tan poco tiempo que aquí estáis, ¿cómo les deben dar entero crédito? Pues por solemnizarme lo mal que he cantado ponderais que es hechizo mi voz, haciendo quien la oye mucho con su cortesía en esperarla tres coplas de un tono. No os arrojéis por el suelo ni despreciéis mi verdad, dijo él, dándole otro nombre; vuestra voz es singular, los accidentes con que habeis cantado lo serán tambien, pues es cierto se dirigen á la causa de la letra; solo le faltó por colmo otra de celos, si no es que vivais tan segura que no os los podrá dar.

Mejoróse del lugar la dama para hablar mas de propósito con don Alejandro, aunque no le conocia, por pensar que con algun fundamento lo hablaba tan misterioso, y así le dijo: Si lo que me ponderais el hechizo es tan verdadero como vuestra sospecha, bien puedo afirmarme en que sois de profesion lisonjero; y así, os suplico, por mi abono lo digo, que la aflicción de una nevia melancólica no la atribuyais á pena de ausencia, que nunca he sabido qué es tenerla por nadie, ni tampoco la pienso tener. Diera yo porque eso fuera cierto, dijo él, cuanto poseo. ¿Y es mucho? dijo ella. Poco es, replicó él, respecto del sugeto por quien lo ofrezco; mas lo mismo fuera ser señor del mundo, que todo lo diera por bien empleado. Sin duda que hoy me levanté con buen pié, dijo la dama, pues oigo en mi favor tantos, que me dejen enauvecida si pensara que tenia partes para sin ser vista enamorar; y á fe que á verme de día, no confirmárades lo dicho con tanto afecto. Con lo oído, dijo él, no me puedo enganar, y así por fe presumo que quien en esa gracia está consumada, lo será tambien en las demás de que carezco, por serme poco favorable la noche; y pues no os digo esto de rayos y esplendores de que se valen los que halagan con las pa-

labras y lisonjean con los mentidos afectos, creeréis de mí que comienzo á amaros con verdades. Ahora bien, yo os quiero comenzar á creer, si me decís quién sois, dijo ella. Mereceré primero con mis finezas, replicó él, para que su valor supla el que me falta en la calidad. Ahora os tengo por hombre de partes, dijo ella, pues esa desconfianza teneis de vos, y habréisme de perdonar que me llaman para una visita, y es fuerza irme por no dar nota con que me hallen aquí. Pues ¿seréis servida, dijo don Alejandro, de dejaros ver mañana en este puesto á estas horas? No sé si podré, dijo ella; mas venid, que eso es merecer, aunque yo no salga. Yo estaré aquí, replicó el ya aficionado galán, mas fijo que los sillares que sustentan este cielo que os atesora. Mucho llevo que pensar en eso de encarecer, dijo ella; para otra vez venid enmendado de hipérboles, que no soy amiga de oírlos, por tener por fabulosos á todos los que en ellos tratan, y mas con el conocimiento que tengo de lo poco que valgo. Con esto hizo una gran cortesía y se quitó del balcón, pesándole á don Alejandro que tan presto se ausentase de él, que quedó muy picado, así de su voz como de su entendimiento, y deseaba saber quién fuese con grandes veras. No se apartó la dama menos cuidadosa que el galán, porque luego mandó á un criado suyo que supiese quién era y le siguiese hasta saberlo; hizolo así, no costándole mucho la diligencia, porque á pocos pasos le vió poner á caballo y le conoció, volviendo con el aviso á su ama, que no se holgó poco de saber que fuese don Alejandro, de quien habia oído tantas alabanzas y visto hacer tan bizarras suertes en la plaza con los toros.

## CAPITULO VII.

Prosigue el pasajero la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde.*

En llegando don Alejandro á su posada, quiso informarse de un vecino suyo quién era la dama con quien habia hablado, y dándole las señas del puesto de la alquería, supo de él llamarse doña Isabel, el apellido se calla, dama de grande calidad y partes en aquella ciudad, igualando su hermosura con su grande entendimiento. Fué esta dama hija de don Berenguel Antonio, un bizarro caballero que sirvió en la guerra muchos años, y ya dejadas las armas, se habia casado en anciana edad, de quien procedió esta hermosa dama, que entonces se hallaba sin sus padres, heredera de una corta hacienda, porque la de don Berenguel era de una encomienda que la majestad de Felipe II le habia dado por premio de sus servicios. Esta dama estaba en compañía de una anciana, tía suya, que lo mas del tiempo estaba enferma, y habianse retirado á hacer la seda en aquella alquería. De todo se informó don Alejandro largamente, aunque de lo esencial de las partes de doña Isabel tenia ya bastantes noticias, porque en toda Valencia no se celebraba otra cosa que su claro ingenio y agudo entendimiento, extendiéndose hasta hacer muy lindos versos, gracia que se debe estimar en una dama de las partes referidas. No habia visto don Alejandro á esta dama, y deseaba,

aun antes de haberla hablado, verla, y desde que supo ser el dueño de aquella alquería, acrecentósele mas este deseo, con el cual procuró algunas veces salir al campo con ganas de toparse otra ocasión como la pasada; pero no tuvo tal dicha, por estar la tía de doña Isabel aquellos días enferma y no se apartar de su lado.

Bien se pasaron mas de quince días, en los cuales doña Isabel pudo, con la mejoría de su tía, hallarse en un velo que se daba á una monja en el monasterio real de las que estaban de embozo en la capilla, y así se fué á ella con otros dos amigos, y llegándose á la dama, les dijo á los amigos: Agravio hacen estas damas á la señora monja en retirarse de lo que todos gozan; pero atribúyolo á que deben ser poco inclinadas á aquel estado, pues aun no quieren ver cómo se profesa en él. Holgóse doña Isabel con la presencia de don Alejandro, á quien ya habia visto en la iglesia, y quisíerale menos acompañado que venia; mas disimulando la voz, le dijo: Como no somos de las convidadas á esta fiesta, no cumplimos con todos los requisitos que hacen las que lo son; y en cuanto á retirarnos de carecer de ese acto, como se ha visto otras veces, no le vemos esta, porque en una basta para saber lo que es la que hubiere de elegir el estado de monja. Segun eso, dijo un amigo de don Alejandro, vos no seréis de las que le apetecen. No digo nada hasta ahora, porque eso ha de venir por vocación, y yo no la he tenido. Ya en eso, replicó don Alejandro, nos dais á entender que por lo menos no sois casada, pero que deseais serlo. Yo no tengo que dar cuenta, dijo ella, del estado á que me inclino, y mas á quien está lejos de deudo mio, para que apruebe mi buen propósito. Pues ¿no daréis lugar con declararos, dijo él, para que sepamos cuál camino elegís? ¿Cuál me aconsejades vos? dijo ella. El de casaros, volvió don Alejandro, habiéndola ya conocido. Y si no tengo partes para serlo, dijo ella, ni en la posibilidad ni en la persona, ¿qué he de hacer? A faltar todo, dijo él, olvidaros de vos misma, que quien no es para monja ni casada, debe quedarse neutral por incapaz. Podré seguir ese consejo, dijo ella. Si vos sois servida, dijo don Alejandro, de descubrir lo que oculta vuestro manto, yo os daré consejo mas á propósito: esto dijo acercándose mas á ella, á tiempo que doña Isabel pudo cuidadosamente descubrir uno de sus hermosos ojos, que vieron los dos amigos. Si eso me ha de costar, dijo ella, bien me esto y cubierta, aunque por el consejo pudiera atreverme contra mi opinion. Ese atrevimiento, dijo don Alejandro, no la agraviara, que ya hemos visto señales que nos aseguran que podeis elegir el estado del matrimonio, premiando con gran dicha á quien mereciera vuestra mano; y sin ver mas me ofrezco á ser el que se

dispusiera á tan gustoso empleo; á lo mismo se ofrecieron sus dos amigos, pagados de su donaire y de la muestra que dió de su perfección. ¡Hay dicha como la mía, dijo la dama, que por un descuido que he tenido hallé tres pretendientes para mi remedio!

Ahora bien, yo quiero tratar de él, pues carezco de quien me le busque; sepa yo las partes de los que se me ofrecen á elegirme, que conforme á ellas haré elección del que mas tuviere. Cada uno en donaires bur-las comenzó á exagerar sus partes con ridículos disparates y á deshacer las de sus amigos, con que se rieron un rato, entreteniéndose el tiempo, aunque no era á propósito el lugar en que tenían esta conversacion; porque los templos no son lonjas de ellas, sino casas de oracion, que así las llamó Cristo.

Después de haberles oído el informe de su abono la dama, dijo: Yo quedo informada y advertida de lo mucho que merecen caballeros de tantas partes y calidad; consultaré con la almohada quién ha de ser el preferido de los tres; aunque, si va á decir verdad, yo tengo del uno algo mas informe, y aun experiencia de que es bien entendido, y este creo que me ha de inclinar á que le admita, si no teme que yo tenga otro empleo, que le juzgo receloso. Con esto entendió don Alejandro que por él se decía aquello, por lo que entre los dos habia pasado la primera vez que habia hablado con doña Isabel. Era hora de irse el acompañamiento de la fiesta; y así, con otros donaires y chistes se despidieron de la dama, quedándose de los tres el último don Alejandro, el cual le dijo: Buen paga dais á un fino amante, desvelado por vos; no pase el rigor tanto tiempo si no quereis que muera. A que respondió ella: La disculpa sea una enferma á quien asisto; y esto es mas verdad que vuestro encarecimiento; mas yo procuraré deshacer la queja cuando mas descuidado estéis. No hubo lugar de hablarse mas; y así se despidió don Alejandro, quedando la dama muy pagada de él y con deseo de hablarse muy despacio. Dentro de pocos días lo procuró en el mismo balcón donde primero se hablaron; porque acudiendo allí don Alejandro, ella salió y se vieron, de cuya conversacion don Alejandro quedó muy amartelado, y la dama no menos, si bien pudiera no aventurarse á favorecerle, por estarle mal, como adelante se dirá. Viendo don Alejandro en doña Isabel tan claro entendimiento y agudeza tan profunda en decir, por quien adquiría fama de muy entendida, el segundo papel que la envió, después de haberla significado su afición por el primero, fué este con estas décimas:

Tanto en vos la discrecion,  
Belisa, está acreditada,  
Que pienso fué anticipada  
Al uso de la razon;  
Prodigio de admiracion  
Obró el poder celestial  
En vos, mas vuestro caudal,  
Que esta dicha ha poseído,  
Ya ostenta que lo adquirido  
Frisa con su natural.  
Anhelantes discreciones  
Tienen los amagos vagos;